

Autobiografía musical

Fernando Vásquez Rodríguez

1. Ritmos fundacionales

Estoy metido en la penumbra. Aún es de madrugada. En la pieza donde me encuentro todavía la negrura de la noche campesina no acaba de levantarse. Me ha despertado el canto de los gallos, un canto que viene de lo más lejos a lo más cercano. Un canto que camina de montaña en montaña. Me quedo quieto escuchando ese concierto de ecos. Poco a poco percibo cómo se van sumando a tal sonido el cacareo de las gallinas. Ni mi padre ni mi madre están en la amplia pieza con techo de zinc. Ahora son los pájaros los que se suman a este concierto. También algunos perros lanzan sus primeros ladridos al rocío. Sigo quieto; acostado en mi cama, continuo atento a ese bullicio de trinos y gorjeos, de cacareos y chillidos, de mugidos distantes en los potreros de “La Laguna”. Así permanezco no sé cuantos minutos, al acecho, hasta que decido levantarme. Puesto de pie sobre la cama quito el pasador de la ventana de madera. La brisa y el sol me reciben de frente. Allí me estoy embelesado. Ya huele a café y alcanzo a divisar el humo que sale por el tejado de la cocina. El fuerte cantar de los cucaracheros anuncia la llegada de la seis de la mañana.

2. La música y Capira

Las primeras canciones que puedo evocar las escuché de niño, allá en Capira, entre los cafetales y el zigzaguar de mulas entre caminos reales. Bien porque la silbaban o cantaban los jornaleros o porque estaba en los radios que algunos trabajadores colgaban con una cabuya de algún naranjo, un guamo o algún árbol de sombrío. (“Tren lento”, “El aburrido”, “Ladrillo”, “Dónde andará”).

De un lado, la presencia de las rancheras mexicanas: “Escaleras de la cárcel”, “Juan Charrasqueado”, “No soy monedita de oro”... Miguel Aceves Mejía, Jorge Negrete, Cuco Sánchez... Estos aires, porque en verdad iban y venían como el viento, se fueron acumulando en mi memoria al igual que los bultos de piña que almacenaban en el pequeño depósito de “El piñal”, la humilde tienda ubicada en un boquerón, en un recodo de la carretera entre San Juan de Rioseco y Cambao. Y también en aquella tienda se escuchaba esa música, mientras las cervezas se acumulaban en el mostrador y las bestias de carga

raspaban con insistencia los pelados barrancos, y los grillos o las chorolas lanzaban sus cantos premonitorios de la noche. Las rancheras; la música de los ranchos, de las fincas, de los campesinos nostálgicos y como apertrechados en su pobreza. La ranchera y una cierta hombría hecha a punta de soledad y fracaso, de desamor y apetito de esperanza... “Ando volando bajo, mi amor está por los suelos... Y tú tan alto, tan alto, mirando mis desconuelos... sabiendo que soy un hombre que está muy lejos del cielo...”

De otro lado, como si fuera el brazo de una acompañada quebrada, la música tolimense. Los bambucos y las guabinas, el bunde... las cuerdas de Garzón y Collazos: “Quisiera ser al aire que llena el ancho espacio, quisiera ser el huerto que esparce suave olor...” Esa música alegre y triste a la vez. Esa música que conjuga, al mismo tiempo, el fluir del agua y la solidez de la montaña. “Morenita de mi alma, vente conmigo, yo te convido, a la choza que tengo cerca del río, junto a la playa; allí cantan las ondas lindas canciones que yo acompaño con mi dulzaina india que sólo dice tu dulce nombre...” Cómo pesa en mi memoria de niño estas canciones. Tal vez porque mi padre fue boga en el río de la Magdalena, o porque Cambao era otro referente obligado como el mismo San Juan. Quizá porque muchos lazos de familia se extendían hasta las tierras del plan del Tolima. O porque mi madre y mi padre se casaron en Armero; o porque también se iba a mercar a Lérída, o porque mis tíos hablaban de esas tierras con mucho orgullo y pregonando su inacabada abundancia. La música tolimense. Un tema, además de “Pescador, lucero y río” –ese otro hito himno de mi patria espiritual– emerge como una especie de impronta armoniosa: “Las lavanderas”... “Chaz, chiz, chiz, chaz... va la tarde repitiendo, el agua sigue corriendo, el agua sigue corriendo y el jabón no lava más...”

A lo mejor estas melodías siguen vivas en mí porque fueron las canciones que mi papá le dedicó a mi madre para conquistarla: “Negrita”. Lo mismo que esos otros ritmos del sur de nuestro continente, los vales de los *Trovadores de Cuyo*: “Arbolito sos testigo”, “Como se adora el sol”. Canciones que hablaban también de una forma de ver la vida y de una manera de avizorar la construcción de un hogar: “Te espero, allí donde tu sabes, lo quiero, porque tenemos que hablar... Mira, es triste recordar lo que no fue, por eso es conveniente aprovechar lo que no ha de volver... No olvides, que por un minuto de paz y de placeres hay veinte de dolor...”